



Gaudí y la pedagogía de la liturgia

Joan Aicart

Documento del grupo de investigación PROSOPON¹

Barcelona, Abril 2010

I. Itinerario de Gaudí. La liturgia respecto la realidad humana y natural.

Antoni Gaudí cuando es pequeño sufre una enfermedad que le obliga a mantener el reposo numerosas horas, y más allá de desesperarse se convierte en un apasionado observador de la naturaleza, que perdurará durante toda su vida. Naturaleza en la cual apreciaba un orden superior que le hacía salir del particular de su enfermedad por una armonía mayor, posteriormente confirmada por su fe que va madurando y adquiriendo profundidad con el paso de los años. Quienes han intentado relacionar su espiritualidad con su amor a la naturaleza han recurrido a San Francisco, como uno de los pocos Santos de la religión católica que demuestra un amor a la naturaleza. Pero aunque nos parezca lo contrario, en la Edad Media se tiene una alta estima a la naturaleza:

Según Guillermo de Saint Thierry, el conocimiento de Dios por la razón natural (...) también ella se presenta por intermediarios, por espejos. Mirando a las criaturas, como éstas presentan cierta similitud con Dios, el hombre puede entrever en cierto grado la divinidad. Y ésta se revela en supereminencia de naturaleza creadora, en el espejo de aquello que ha creado: *Per visibilia ad invisibilia*².

Aquí Davy nos introduce en la idea de los espejos. Para el hombre medieval la realidad es signo de otra cosa, actuando a modo de espejo que refleja la luz que recibe de otra fuente. En la observación atenta de la naturaleza descubrimos indicios que nos llevan a su origen. Además, en el cristianismo, Jesús asume el universo sensible e inteligible, estableciendo un método de conversión a través de las cosas visibles hacia las invisibles.

La naturaleza aparece como creación puesta al servicio del Creador. La naturaleza como la concibe San Pablo desarrolla esta idea:

Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto³.

Después del pecado original la naturaleza se encuentra en un estado ambiguo. Podemos reconocer la huella del Creador, pero respecto al hombre es capaz de lo mejor y lo peor, desde su neutralidad la naturaleza no es piadosa ni ayudará al hombre a conseguir su

¹ Comunicación en el Congreso Internacional “¿Una Sociedad Despersonalizada? Propuestas Educativas”, de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona, 13-15 de abril de 2010).

² M. M. Davy (1996). *Iniciación a la simbología románica*, p. 130.

³ Rm 8, 19-22.



destino, incluso se puede mostrar despiadada y cruel. La admiración por la naturaleza no es una identificación total, una fruición estética propia del espíritu romántico, al final ingenua porque esconde la realidad de pecado original al cual está sometida toda la creación. Porque la naturaleza no se redime a sí sola, necesita del hombre, está esperando la aparición del hombre redimido que le haga participe de la redención efectuada por Cristo. Comunidades de personas como los monjes que después de la caída del Imperio romano buscaron lugares inmersos en la naturaleza, buscando lo esencial, el contacto directo con Dios pero siendo conscientes del límite que el pecado impone y buscando ordenar la realidad hacia Dios, y de este modo lograron transformar la naturaleza. La naturaleza en el Templo de la Sagrada Familia es la creación redimida a cada momento por el sacrificio de Cristo, la Iglesia como unidad y, por tanto, la liturgia:

La creación espera la Alianza, pero la Alianza consume la creación y va a la par que ella. Pero si el culto – bien entendido – es el alma de la Alianza, eso significa que no sólo salva al hombre, sino que quiere arrastrar a toda la creación hacia el interior de la comunión con Dios⁴.

La visión de la naturaleza de Gaudí se mueve en una concepción más ligada a la liturgia: la epístola de San Pablo, completada por la visión del Apocalipsis de San Juan, donde se nos muestra la imagen de la Jerusalén celeste:

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones⁵.

Este texto se corresponde con simbología del Templo de la Sagrada Familia, con el árbol en el centro de la fachada del Nacimiento, los doce frutos en el techo exterior del inicio de la nave principal, el trono del Cordero en el altar y dos ríos a ambos lados del interior del Templo. Incluso podemos reconocer la función expiatoria del Templo, el cual se construía como ofrenda a Dios para curar las heridas perpetuadas por la humanidad.

II. La liturgia respecto a la felicidad y la virtud

La Sagrada Familia muestra los frutos de la participación de los fieles en la liturgia en la reconstrucción de su identidad, a través de las cuatro virtudes cardinales (fortaleza, templanza, prudencia y justicia) en los futuros obeliscos del interior del Templo señalando los cuatro puntos cardinales. Cada punto cardinal corresponde a una época, breves ciclos litúrgicos que coinciden con el final e inicio de las estaciones del año, ofrecidos al Señor mediante la oración y la penitencia. Su origen es agrícola, eran momentos relacionados con la tierra, dando gracias por los frutos recibidos e implorando la providencia divina para los venideros. La liturgia romana las adoptó en su calendario litúrgico “reemplazando los festejos paganos de las ferias de la cosecha, ferias de la vendimia y ferias de la siembra.”⁶ Las épocas en la Sagrada Familia irán acompañadas de la iconografía de cada virtud cardinal, ya que dichos ciclos litúrgicos ponen especial importancia en cada una de las virtudes cardinales. Las cuatro virtudes cardinales son las virtudes que ordenan la comunidad y a uno mismo, estableciendo una orientación y orden

4 J. Ratzinger (2001). *El espíritu de la liturgia: una introducción*, p. 65.

5 Apocalipsis 22, 1-3.

6 Gran Enciclopedia Rialp.



en el espacio y también en el tiempo, como coincide en la simbología de la Sagrada Familia, contrarrestando la arbitrariedad, el caos y la dispersión del espacio exterior.

Reflexionemos un momento sobre la naturaleza de la virtud: “la virtud es una cualidad que permite a un individuo progresar hacia un logro del *telos* específicamente humano, natural o sobrenatural”⁷.

Para Aristóteles, el fin de toda actividad humana es la felicidad, la cual solo se puede conseguir obrando de acuerdo con la virtud, que no es una actitud sino una costumbre, un hábito. Por tanto, el modo de adquirir las virtudes que nos interesen será practicar actos de acuerdo con ellas, para poder adecuar nuestra personalidad a la verdad y al bien, y por tanto, siguiendo el modelo aristotélico, a la felicidad. Su gran aportación es descubrir las virtudes en potencia del alma humana y entender que poniéndolas en acto se consigue un mayor grado de felicidad:

Dentro de este esquema teleológico es fundamental el contraste entre el hombre como es y el hombre como debería ser si realizara su naturaleza esencial⁸.

Este es el punto de inicio de la concepción y la importancia de las virtudes en el pensamiento occidental hasta que se vaciara de significado y se convirtiera en el deber por el deber. Las virtudes nos muestran nuestro yo verdadero, es desarrollar las potencialidades humanas:

La primera doctrina teológico-moral del Doctor Común (Santo Tomás de Aquino) es ésta: La moral trata de la idea verdadera de hombre. Naturalmente que también ha de tratar del hacer, de obligaciones, mandamientos y pecados; pero su objetivo primordial, en que se basa todo lo demás, es el verdadero ser del hombre⁹.

Por otro lado, para el creyente el hombre ideal se ha encarnado en Jesucristo, y sus actos estarán orientados hacia el encuentro con Él y con Dios, tal como nos comenta Benedicto XVI:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva¹⁰.

A partir de este momento por tanto le seguiremos e intentaremos participar de su humanidad, ya que de este modo el hombre realizará todas sus potencialidades humanas.

Cabe decir que el seguimiento a Cristo y alcanzar la vida virtuosa puede ser una firme intención pero el hombre herido por el pecado original tiene una debilidad estructural que no le permite ser coherente hasta el final. Necesita de la gracia de Dios para llegar a ser él mismo con todas sus facultades. Gracia divina asistida por el Espíritu Santo a través de la liturgia y los sacramentos:

7 Alasdair MacIntyre (1981). *Tras la virtud*, p.230.

8 *Ibid.*, p. 77.

9 J. Pieper (2007). *Las Virtudes Fundamentales*, p. 12.

10 Benedicto XVI (2005). *Deus Caritas est*, p. 1.



La vida és una batalla; per a combatre es necessita força i la força és la virtut (*vir*), i aquesta sols se sosté i augmenta amb el cultiu espiritual, això és, amb les pràctiques religioses¹¹.

En el Templo de la Sagrada Familia se nos ofrece un ideal de comunidad para recuperar la moral de las virtudes en el seguimiento fiel de la liturgia a través de sus tiempos, su narración, representados por las t mporas, siguiendo a Jesucristo, con un aspecto suyo remarcado en cada tiempo, y consiguiendo así las diferentes virtudes que nos servirán como bien interno y para adquirir una mayor clarividencia y unión con la Iglesia, como Cuerpo de Cristo y ciudad santa.

Estas virtudes pueden ser adquiridas sólo a través de la incorporación a la historia de las comunidades en las que se ha nacido. Sólo así, en la participación de la vida de la Iglesia, el hombre podrá formar un verdadero carácter cristiano. Por la participación en la vida de la comunidad y transmitiendo ésta a las nuevas generaciones, los cristianos mantienen la vida de la Iglesia y el testimonio que ella da de la historia de Jesucristo¹².

En el lado Norte, a la espera del Emmanuel, ciertos de la venida del Dios con nosotros nos educamos en la espera, en la prudencia, considerada por los escolásticos la primera de las cuatro virtudes cardinales. El adviento nos llama al correcto conocimiento de la realidad para poder obrar de un modo más adecuado ante ella. Querríamos tener ya, haber llegado al fin pero hay un tiempo de espera que nos hace madurar el deseo y la paciencia en el conocimiento de la verdad:

El prudente contempla, por una parte, la realidad objetiva de las cosas y, por otra parte el querer y el hacer; pero, en primer lugar, la realidad, y en virtud y a causa de este conocimiento de la realidad determina lo que debe y no debe hacer¹³.

Aumentar en la prudencia quiere decir estar disponibles a salir de nuestro egocentrismo y a dejarnos educar en la búsqueda de la verdad en nuestro conocimiento de la realidad, para de este modo no caer en el voluntarismo o el moralismo vacío de "hacer por deber".

Una de las representaciones es la serpiente, ya que hemos de desarrollar la astucia para conocer bien las cosas y después actuar. La otra representación es la hucha dándonos una imagen de ahorro y moderación en la justa medida, ya que nos ayudará a juzgar justamente respecto el valor de las cosas y no según nuestras apetencias:

Y es a causa de esto por lo que añadimos el término moderación al de prudencia como indicando algo que salvaguarda la prudencia. (...) En efecto, los principios de la acción son el propósito de esta acción; pero para el hombre corrompido por el placer o el dolor, el principio no es manifiesto, y ya no ve la necesidad de elegirlo y hacerlo todo en vistas ese fin: el vicio destruye el principio¹⁴.

11 I. Puig Boada (1981). *El pensament de Gaudí*, p. 254.

12 S. Hauerwas (1981). *A Community of Character*, p. 148.

13 J. Pieper, *op. cit.*, p. 16.

14 Aristóteles, * tica a Nicómaco*, p. 274.



En el lado Este encontramos la templanza, asociado a la cuaresma. Actualmente la templanza está asociada a la moderación del deseo, en la búsqueda de una pureza original principalmente respecto la sensualidad. Pero es mucho más profundo que esto:

La templanza tiene un sentido y una finalidad, que es hacer orden en el interior del hombre. De ese orden, y solamente de él, brotará luego la tranquilidad de espíritu. Templanza quiere decir, por consiguiente, realizar el orden del propio yo¹⁵.

En el plano natural podemos hablar de los sentidos al servicio de la razón. El problema es que nuestras apetencias necesitan ser purificadas, renovadas a través del sacrificio ya que tienen cierta facilidad a desordenarse con una pasividad total de la razón respecto su papel ordenador. Pero no nos hemos de fijar tanto en el desorden de nuestras apetencias sino en el origen de éste:

Aquellas fuerzas, cuya disciplina corre a cargo de la templanza, “son las que más discordia siembran en el espíritu; y esto se debe a que tales fuerzas forman parte de la esencia del hombre”¹⁶(...) Cuando éste (el hombre) se ama a sí mismo por encima de todo, falla su ordenamiento y fracasa la realización de aquel sentido inherente al recto amor de sí mismo, por el que se constituye, se realiza y se logra la esencia en toda plenitud. (...) Tal sentido de absoluta realización está reservado al amor no egoísta de sí mismo; a aquel que no se ciega en la búsqueda del propio yo, sino que, con certera visión, comprende y sabe servir a la verdadera realidad, la cual está integrada por Dios, el Yo y el Mundo¹⁷.

Se trata de un respeto y un servicio al orden de las cosas creadas por Dios. Si la prudencia nos indicaba cuál es este orden, la templanza nos muestra el modo correcto de relacionarnos con él, es decir, poniéndonos a su servicio. Es el tiempo litúrgico que Jesús vive en el desierto para ser tentado por el diablo, es tiempo de la cruz, de sacrificar nuestras apetencias como ofrenda a Dios para que Él mismo se vaya revelando y vaya ordenando nuestra vida, haciéndonos partícipes del orden. Los bienes externos son pasajeros si no están iluminados por la presencia del Señor, es un tiempo de volver la mirada a la esencialidad, de cambiar los banquetes ordinarios por el pan y el vino sagrados. Templanza viene de Templo, de cambiar el modo habitual de vivir para crear un nuevo orden sagrado, para redimir el tiempo y el espacio en nuestra persona y hacernos sagrados a través del sacrificio.

En el ángulo sur nos aparece la justicia, junto al tiempo litúrgico de Pentecostés. Jesús está representado por el sol y la cruz, ya que, cuando los apóstoles estaban encerrados en su habitación, descendió el Espíritu Santo para iluminarlos y darles una energía nueva, como el sol hace cada mañana con toda la tierra. En Pentecostés se renueva la Alianza de Dios con su pueblo, no sólo Israel sino los bautizados y se renueva la creación, portadora de una nueva justicia y paz, fruto del nacimiento de la Iglesia. La justicia, que según Aristóteles es dar a cada uno su adecuada proporción pero no de modo igualitario sino según lo que cada uno es, “pues todos están de

15 J. Pieper, *op. cit.*, p. 225

16 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, 2-2, 141, 2 ad 2.

17 J. Pieper, *op. cit.*, p. 227.



acuerdo que lo justo de las distribuciones debe estar de acuerdo con ciertos méritos”¹⁸, está también representada por la espada y la balanza, conocer mediante la balanza la justa medida de cada uno. En la medida que se cree y defiende la verdad y lo justo, la espada abate y pone las cosas en su sitio. Pero en último término, el único que puede hacerlo de un modo completo es Dios, ya que conoce cada situación de un modo que nosotros no podemos saber, creyendo hacer justicia no la hacemos, y sólo Dios tiene el poder para hacer cumplir lo que dicta. Nosotros solo podemos ser justos en la medida que participamos del modo de actuar divino. Es el Espíritu quien nos da la energía y la sabiduría más allá de nuestras limitaciones.

Por último, en el lado oeste se sitúa la témpora de septiembre junto a la fortaleza y el anagrama de Jesús. La témpora de septiembre era fundamentalmente agraria, época de la recogida y la preparación para el invierno. El yelmo y la coraza protegían al guerrero para que en tiempos de dificultad quedasen a resguardo su mente y su corazón, elementos que han de estar afianzados para conseguir el objetivo: “La fortaleza es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la consistencia en la búsqueda del bien”¹⁹.

Además es la virtud por la cual se pueden llevar a cabo las tareas. Litúrgicamente son el miércoles, viernes y sábado siguientes al 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz o al inicio del tiempo ordinario después de la Trinidad. Es un tiempo para prepararse, educar la fortaleza para estar preparados ante el invierno y el nuevo ciclo litúrgico que comenzará con el adviento.

Bibliografía

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

Benedicto XVI (2005). *Deus Caritas est*.

Catecismo de la Iglesia Católica.

Davy, M. M. (1996). *Iniciación a la simbología románica*.

Gran Enciclopedia Rialp.

Hauerwas, S. (1981). *A Community of Character*.

MacIntyre, A. (1981). *Tras la virtud*.

Pieper, J. (2007). *Las Virtudes Fundamentales*.

Puig Boada, I. (1981). *El pensament de Gaudí*.

Ratzinger, J. (2001). *El espíritu de la liturgia: una introducción*.

San Juan Evangelista, *Apocalipsis*.

San Pablo, *Carta a los romanos*.

Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*.

¹⁸ Aristóteles, *op. cit.*, p. 244.

¹⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1808.